

Relato “Rachel”

La reina de Cartago, 2001.

a R.T.

Cada navidad acude la fiel Rachel a su cita. Y entonces es el *Merry Christmas* y el *Happy New Year*, agarrándote la mirada desde la pequeña cartulina de la postal donde, los cuatro últimos años, asoma invariablemente con su hijo Bernat y el gato Nescafé. Tengo felicitaciones en que Rachel aparece como dios la trajo al mundo, con la excepción de un profuso tatuaje a base de calcomanías, en una desierta atracción de Coney Island, Nescafé abrigándole un hombro desnudo con la cola y asomando sibilantemente su cara de café con leche por encima del otro, ambos metidos en una bombilla iridiscente de árbol de navidad; o disfrazada de Carmen Miranda, un tocado babélico de frutas tropicales donde Nescafé juega al camuflaje; o de Marlene Dietrich en *El Ángel Azul*, haciendo equilibrios de flamenco y devolviéndome con su inquietante mirada de párpados velados, en medio de una constelación de estrellas de purpurina, a mi terrenal, pequeña y humana condición de simple mortal.

Guardo las postales en una cajita de madera, a mano, y a menudo las miro, supongo que para cerciorarme de que Rachel sigue ahí.

Porque esa es la primera y definitiva sensación que guardo de Rachel. La de que, aún habiéndose instalado en Barcelona, con su casa y sus proyectos y sus gatos y sus amigos —y luego su hijo—, estaba sólo de paso.

Había llegado de camino a Grecia, donde, como estudiante de arte, se había matriculado en unos cursos de verano. A los que nunca llegó, pues aquí se quedó colgada de un artista multimedia catalán, anglófilo, narciso, joven, separado, con dos hijos, de buena familia y, a decir de Rachel —aún cuando el artista multimedia la había abandonado por una Petra, alemana para más señas—, francamente guapo. «Y no se puede ser guapo. A muchas mujeres nos pierden los guapos», me decía enfatizando las oclusivas, silbando las eses, abriendo las es y haciendo unas erres palatales que, a pesar de su buen castellano, revelaban su condición de americana. Y aquí me barría con esa mirada suya entre socarrona y divertida: «Tú ya lo sabes, qué te voy a contar». Se permitía una pequeña crueldad con esa franqueza hiriente de la que a veces —un latiguillo de lava en el idílico paisaje de nuestra amistad— hacemos gala con aquellos a quienes más queremos.

Porque yo era —y sigo siendo— más bien poca cosa, en cuanto al físico se refiere. No paso del metro sesenta y tres (lo cual es todo un record, hacia abajo quiero decir, en los de mi generación), tengo un aspecto andrógino, y ni mi indumentaria (voy siempre con traje negro y camisa blanca, para no tener que pensar en el vestido y ahorrarme problemas) ni mi cabello (moreno y cortado a lo Beatle de los primeros tiempos) son nada excepcional, aunque todo ello (excepto lo del metro sesenta y pico) está calculado para, sin resultar llamativo, no pasar, tampoco, desapercibido. Yo era para Rachel, a quien siempre le gustaron los guapos, *a pet*, un simple animal de compañía. Eso me hermanaba con su gato favorito, Nescafé, y me hacía *perdurable* dentro de ese mundo suyo donde todo, tarde o temprano, se inclinaba al movimiento y al cambio, con la “perdurabilidad” que nunca tuvo ninguno de sus amantes.

¿Cómo entré en la vida de Rachel?, esa es la pregunta justa, y no ¿cómo Rachel entró en mi vida?, porque bastaba comparar para darse cuenta de quién entraba en la vida de quién.

Para ser exactos, entré por la puerta de su piso alquilado en la calle Avinyó, con el salvoconducto de una Hasselblad que en teoría me acreditaba como reportero de la revista *Interiores cosmopolitas*. Mediados de los ochenta y Rachel llevaba viviendo en Barcelona dos años, durante los cuales no había perdido el tiempo, pues había entrado en contacto con buena parte del mundillo artístico de la ciudad. Era una guiri enrollada. Siempre dispuesta a echarle un cable a cualquiera de los miembros del grupo heteromorfo de jóvenes extranjeros

aspirantes a artistas que pululaba por el casco antiguo y que, como grupo, le había abierto sus brazos nada más llegar. Antes de planear el reportaje y de encararme a la escalera amplia y destartada del aquel edificio que había vivido mejores tiempos, ya la conocía de oídas.

Me abrió con su bata de flores, bonita y descalza (llevaba las uñas de los pies pintadas de azul cobalto). Tenía los movimientos confusos del sueño, me saludó con una risa generosa y me invitó a desayunar «porque no se puede hacer nada decente con el estómago vacío».

Una bola de luz iridiscente transformaba el recibidor, que en realidad era un pasillo, en un mapamundi de colores. Sobre la bola, el arco de un pez espada disecado. El cuadro lo completaban un ejército de animales de plástico que, pegados a la pared, un muestrario de juguetería soñado, te escoltaban por el pasillo de camino a la cocina. Aquí, inspirado por el ambiente, le expliqué la idea que tenía. A ella la fotografiaría en la cocina, vestida de ama de casa de los años cincuenta, la época del optimismo, los electrodomésticos y el *American way of life*. Me acompañó a su vestidor (una habitación entera con dos barras que iban de lado a lado alborotadas de ropa) y allí pasamos un buen rato eligiendo el atuendo. Finalmente, un vestido azul celeste de falda amplia, cuello redondo partido y escote en pico, unas discretas bailarinas y un maquillaje sin estridencias, a excepción del carmesí de los labios. En el último momento, como para no traicionar su condición de artista, Rachel se colgó unos racimos de uvas de las orejas. Y así la fotografié, encaramada sobre la encimera de la cocina, en medio de una constelación de potes de té y de especias y las huellas de frutas pintadas con patrón por toda la cocina. Ahora que lo pienso, en la fotografía no se veía ni un sólo electrodoméstico, pues, a parte de una cocina vetusta con horno incorporado y de una nevera que no hubiera recogido ni el chatarrero, no había ni rastro de todo aquello que en teoría hace más fácil la vida de una ama de casa. Exprimidores, tostadoras, licuadoras, batidoras, picadoras y todo el reguero de objetos designados por palabras que derivan de acciones relacionadas con la actividad culinaria habían sido desterrados del mundo de Rachel. En sustitución, cuadros del tamaño de una pared, hechos con una mezcla caprichosa de pintura acrílica, lentejuelas y purpurina, y altares laicos por toda la casa: grandes ramos de eucaliptos y laurel (de una excursión al Jardín Botánico de Montjuïc, el día anterior), colocados en sendos jarros de cristal sobre la chimenea, se postraban ante una señal de tráfico de cuidado con los niños, y lo mismo sucedía en el baño, donde el póster de un sagrado corazón con cabeza de gallo bendecía a sus pies una gran pecera de cristal en cuyo interior seco paseaban con inmóvil gallardía una oca, una gallina de plástico y una gran estrella de mar, ésta, de verdad.

En conjunto, la decoración de su casa era fruto de una imaginación fértil y exaltada. No había nada que tuviera un valor material. La mayoría de los muebles habían sido recuperados del contenedor, y luego habían adquirido nuevos usos y aspectos tras pasar por las manos de Rachel. Me imaginé el asombro de un ladrón al que le hubiera costado su esfuerzo entrar. ¿Qué se podía llevar uno de allí, ni siquiera como recuerdo?, ¿un pez espada disecado?, ¿un altar pagano?, ¿un dinosaurio de plástico? Me reí a solas y Rachel preguntó de qué me reía. «Yo», respondió con toda normalidad, «me llevaría la hamaca». Y añadió: «Para tumbarme, después del esfuerzo. Yo lo he pasado *genial* ahí... Además, esta hamaca es muy *chula*, me la traje de las selvas de Brasil, no se encuentra en cualquier parte». Hay que decir que las palabras “chula”, “chulo” y “chulísimo” aparecían en su vocabulario como una hilera de boyas a las que ella se aferraba para tomar aire mientras daba brazadas por el mar de la lengua aprendida, no materna, y las pronunciaba con aplomo, orgullosa, afirmando la voz, como diciendo ¿ves qué bien uso el castellano?, y al tiempo resbalando por ellas, sabedora de que esas palabras-guiño no podían dejar indiferente a su interlocutor.

Sólo cuando nos despedíamos, después de una sesión agotadora de siete horas en que retraté todo lo que había por retratar, incluso a su gato favorito, Nescafé, sesteando bajo la mesa del comedor sobre la cual se abría el fresco corazón de una sandía, me preguntó, porque no había caído hasta el momento, ni cuando la llamé por teléfono para concertar la cita ni durante la sesión del reportaje: «¿Quién te ha hablado de mí?» Y había en su voz una ingenuidad que desarmaba. Me había abierto su casa sin saber quién era, con el salvoconducto verbal de ser

un periodista interesado en hacerle un reportaje. No le había dicho ni el nombre de la revista para la que trabajaba ni quién me enviaba, y, ahora que lo pienso, ni siquiera me acreditó como periodista. Podría haber sido un sinvergüenza cualquiera, un aprovechado, un vecino curioso y mirón, qué sé yo. En ese momento me enamoré de ella; supe que al entrar en su vida ella había entrado en la mía para no salir. Y así ha sido. En cambio, juraría que mi presencia en su vida se reduce a un día al año. El día en que elabora sus tarjetas de navidad. Y eso, probablemente, sólo porque estoy en su listado.

«Diego me dio tu número», le respondí, ya yéndome pero sin acabar de irme, con ganas de entrar otra vez en su casa.

«¿Diego?»

«Sí, Diego, el galerista», aclaré.

«Ya sé quién es Diego», me respondió un tanto despectiva, como diciendo quién no sabe quién es Diego, tú eres tonto o qué. «No sé por qué te ha dado mi número si no me quiere exponer». Me encogí de hombros, y ya tenía un pie metido en el umbral de la puerta. La punta de mi pie sobre el dibujo floral de las baldosas hidráulicas de su casa:

«Eso tendrías que preguntárselo a él».

«Eso haré cuando lo vea», dijo.

Y cerró la puerta.

La semana que siguió yo sólo vivía con una idea en la cabeza: que me aceptaran el reportaje para poder volver a verla. La llamaría con la excusa de entregárselo personalmente y ella me dejaría entrar de nuevo en su casa y, con un poco de suerte —para ser justos, con mucha—, tumbarme en esa hamaca infinita que colgaba, como una comba fabulosa, de una punta a otra de su habitación. El viernes por la tarde la jefa de redacción me informó de que el reportaje no había sido aceptado y, por dios, cómo quieres que publique esto, una artista disfrazada de ama de casa y una casa llena bichos y de trastos. No supe si lo de “bichos” iba por los gatos, por los animales disecados y de plástico, o por ambos a la vez, los vivos y los muertos, pues en casa de Rachel todo tenía una forma extraña de vida. Los gatos, atontados por el calor de junio, se amodorraban por el piso, y entraban en un trance de quietud y sueño, mientras la gallina de plástico te miraba con ojo escandalizado desde su acuario de cristal en tanto Rachel te mostraba las posibilidades del baño, o el pez espada parecía a punto de dar un coletazo, y, despegándose de la pared, saltar en el aire de colores si su dueña no le cerraba de una vez la puerta a aquel intruso con pinta de matado que era yo. Entonces, al quedarme sin excusa, me desesperé la idea de no volver a ver a Rachel. Pues sabía que, con la misma facilidad con que te abría la puerta de su casa, te la cerraba.

Mi agonía duró apenas unas horas. Por la noche sonaba el teléfono y era Rachel y estás invitado a mi fiesta, me haría mucha ilusión que vinieras, será muy chula. «¿Cuándo es?», le pregunté yo. «Esta noche», me contestó, «vendrás, ¿eh?» «Verás... no sé si voy a poder». Me sentí absolutamente imbécil. Me estaba muriendo por verla y, mientras, las palabras lo negaban. «Tengo otra cita», añadí para empeorarlo, «¿quién te ha dado mi número?» «En esta ciudad, además de Diego, hay un listín telefónico, ¿lo sabías?», me atajó divertida, «sólo hay que buscar por el nombre. Y, aunque tú sólo lo dijiste una vez, tengo buena memoria. Bueno, ven de todas formas... si puedes». Y colgó.

A las once y media estaba en casa de Rachel, el tiempo suficiente como para haber acudido a mi *otra cita* sin llegar a resultar mentiroso. Era una fiesta de solsticio de verano. Había cocas de San Juan, desparramadas como grandes lenguas por los lugares más inverosímiles (por el brazo de un sofá, sobre el palo de una lámpara de pie, haciéndole de sombrero a la figura de un paje negro que ejercía de inmóvil vigía a la entrada del comedor). Una chica de cola interminable me informó de que habría una hoguera si el tiempo y los vecinos lo permitían. «¿En la calle?», pregunté. Y ella soltó una carcajada feliz y burlona: «¿Y tú conoces a Rachel?»

A Rachel la atisbé entre la fauna que atestaba su casa; y cada vez que intentaba acercarme a ella, alguien me la arrebató. En un momento dado me saludó, indicándome con la mano que

podíamos encontrarnos en la cocina. A codazos, me abrí paso hasta allí, siguiendo a Rachel. Me sentía como un recipiente lleno de agua en que alguien mete la mano, y toda el agua se pone a temblar. Al llegar a la cocina, donde no estábamos solos, Rachel me cogió por el brazo e, inclinándose hacia mí, de modo que yo podía sentir el palpitar de su pecho bajo la finísima tela del vestido, apenas un velo, me dijo, muy cerca, al oído: «¿Has visto a ese *tío bueno* que está en el comedor? Está *de puta madre*» —y yo no podía dar crédito, de qué me estaba hablando, pronunciando las palabras *tío bueno* y de *puta madre* lo mismo que cuando decía *chulo* y etcétera—, «me lo voy a ligar, ¿qué apuestas?» Y, antes de que yo pudiera salir de mi asombro, siguió, yéndose hacia la puerta: «Un beso. Si me lo ligo, te doy un beso». Este principio puede dar una idea de lo que yo fui siempre para Rachel: un confidente del sexo contrario. A lo largo de los años me hizo las confidencias más íntimas, y las hacía no pidiéndome consejo, sino meditando en voz alta. Y cuanto más sufría yo más ahondaba ella en sus confidencias y más se desnudaba, entendiendo este verbo no sólo en el sentido figurado sino también en el literal.

Se desnudaba con una facilidad asombrosa, porque tenía que cambiarse o, simplemente, porque hacía calor o para estar más cómoda. Y así, desnuda y tumbada sobre la hamaca, recostada sobre los múltiples cojines que, alrededor de su cuerpo de un blanco anglosajón, formaban un damero de colores, nos contaba sus fatigas. A mí y a su gato Nescafé; yo preguntándome por qué no habría nacido gato, pues él tenía el privilegio de adormecerse apoyado en su vientre y la facilidad de buscar la tibieza de sus muslos, la visión de los cuales me traía siempre a la cabeza las columnas del templo del *Cantar de los Cantares*. Nunca se dio cuenta del modo en que a mí me turbaba su desnudez; nunca se dio cuenta de la manera en que me afectaban una simple caricia en la mejilla, el rozar de su cabello largo o el apoyar de sus manos sobre mis hombros y de su barbilla en mi omoplato (ella era mucho más alta que yo) en tanto me mostraba su última obra: un pájaro que se combaba, en un movimiento con vocación circular, en el centro de una diana, y que parecía condenado a ese proyecto de giro para el resto de sus días. Un reguero de pintura roja caía de la diana hasta el suelo, connotando el sufrimiento que llevaba esa especie de condena. Y yo me sentía el pájaro, girando sin propósito ni final en la diana que era Rachel. Juraría que, ni por un momento, a Rachel le había pasado esta idea por la cabeza.

Atesoraba esos gestos de Rachel con pasión de coleccionista, y los encerraba dentro de mi cabeza, en un compartimiento a parte, para que no se contaminaran del resto. Y volvía sobre ellos, una y otra vez, demorándome, estudiando sus facetas como si fueran prismas de colores de los que yo, en el momento en que se produjeron, sólo había apreciado una pequeña parte. Los sacaba mientras tomaba el desayuno en el bar, ese era el mejor momento, ahora éste, después aquél, saboreándolos con el café de la mañana. Y me dejaban una dulce exaltación interior, que se propagaba hacia afuera haciéndome sentir un hombre nuevo, como si el vapor de su efecto se hubiera condensado sobre la piel, en una especie de antídoto a todos los sinsabores que pudieran llegarme a lo largo del día. Si alguien me molestaba en tanto estaba enfrascado en recordar esos gestos de Rachel —a los que, todo hay que decirlo, acababan añadiéndose pequeños detalles de mi propia cosecha—, lo sentía como una intromisión insufrible en mi ritual privado. Y entonces me ponía de malhumor, y perdía un tanto la compostura hasta que la situación era de nuevo propicia para que el recuerdo se formara.

Aquella noche hubo más de una hoguera proyectándose hacia el cielo de la ciudad desde un terrado en la calle Avinyó.

¿Y tú conoces a Rachel?, me había preguntado, ya clasificándome, la chica de la cola interminable. Yo era un recién llegado en el mundo de Rachel porque, conociéndola, ni se me hubiera ocurrido pensar que iba a organizar una hoguera en la calle. Lo suyo era rizar el rizo, lograr lo imposible. Y si ya, de por sí, prenderle fuego a una pirámide de cachivaches en plena calle Avinyó era una hazaña, y más con la cantidad de policía que patrullaba por el barrio,

resultaba todavía más arriesgado hacerlo en el terrado del edificio y, encima, sin el consentimiento de los vecinos.

La misteriosa exaltación de las cosas prohibidas prendía en Rachel. La convertía en una combustión espontánea. Y era un espectáculo digno de ver, algo a lo que todos se acercaban. Como si Rachel, en virtud de esa cercanía física, pudiera comunicarles el secreto de esa llama intangible que la hacía arder. Viéndola, uno quedaba irremediabilmente atrapado en ella, una mariposa en la luz, aún cuando una sombra se proyectara de forma involuntaria, nacida del convencimiento racional de que toda combustión se producía en un lapso de tiempo, y luego vendrían las cenizas, lo que se deshacía entre los dedos, barrido al primer soplo de aire, tras el paso del cual no quedaba nada.

«¿Sabes?», me dijo un día, «si a uno no le gustan las miserias propias, cómo le van a gustar las de los otros. *Qué cojones*. Todo el mundo quiere la fiesta, nadie los restos». Y pronunciaba la palabra “fiesta” de un modo muy especial. Como si en una lista imaginaria de palabras ocupara uno de los primeros puestos, y hubiera en ella una esencia vital que no pudiera ser recogida por ninguna otra palabra.

Fiesta, Tío —con lo que de pasión por los hombres implicaba—, *Chulo, Genial, De puta madre* —para todo lo que tuviera una cualidad deseable—, eran los galgos a los que Rachel, en la carrera de la vida, apostaba. Pero en una carrera no siempre ganan los favoritos. Y eso Rachel, a pesar de sus veintipocos años y de un padre millonario en Baltimore que le facilitaba la vida, ya lo sabía. Rachel lo quería todo, sus metas eran tan amplias que no tenían ni punto ni nombre, ni se las podía nombrar ni se las podía localizar. Ella era lo que la gente “normal”, la que se resignaba a lo que se resignan la mayoría de los mortales, hubiera llamado “una chica que no sabe lo que quiere”. Su falta de resignación, la inconmensurabilidad de sus metas engrandecían su vida y, al tiempo, la hacían sufrir de una forma atroz. Cuando Rachel entraba en combustión tenía esas metas intangibles al alcance de la mano. Después, se le desvanecían como espejismos. Y entonces se volvía nerviosa hacia mí, sus ojos grandes y asustados de animal acorralado, para mirarse, para salvarse, de algún modo, en la imagen que mi espejo le devolvía.

Yo le profesaba una admiración incondicional, la incondicional admiración de los enamorados, con la humildad añadida que me otorgaba la certeza de no ser el primero, y de que no iba a ser, tampoco, el último.

El fuego de la hoguera danzaba sobre una muralla de sábanas que algún vecino incauto había tenido la desafortunada idea de tender ese día. En el terrado reinaba una sensación de noche mágica a la que el estrépito de los petardos cortaba la respiración sin tregua. La concurrencia estaba en una franja de edad que iba de los veinte a los treinta, con notables excepciones representadas por lo que Rachel llamaba “amigos del barrio”: los libaneses que regentaban *El palacio del falafel* (garito, sería mejor decir, a pesar de las excelencias no del falafel, contrariamente a lo que el nombre hacía pensar, sino del sawarma), “el mejor libanés de Barcelona”, en palabras de Rachel, que habían acudido con las familias al completo, incluyendo toda suerte de parientes en los límites más extremos de edad, tanto para arriba como para abajo; o el cantaor de flamenco más carismático del barrio, que, ofreciendo su hierático perfil de viejo a las llamas, daba palmas sonoras desde su absorta silla de paja; una silla que Rachel, en previsión a la edad y la falta de salud de su amigo, había tenido la precaución de subir de su casa. La sangría había hecho su efecto y reinaba un ambiente de fiesta enardecido por las correrías de los niños libaneses, por un llanto espaciado de bebé (libanés o no, no llegué a identificar su procedencia) y por las risas de los guiris que, en general, ejercían su predominio entre los amigos de Rachel, identificándose tanto por su forma de vestir, más osada, como por sus rasgos, claramente extranjeros. Recuerdo a chicas rubias de moños portentosos y escotes de vértigo y a jóvenes cuya mirada líquida desmentía la fiereza de las patillas. Con el tiempo, me familiaricé con todos, pues todos, tarde o temprano, acampaban en casa de Rachel. Y aunque de la mayoría recuerdo los rasgos y el aspecto con

precisión milimétrica, se me ha ido olvidando su catadura moral, sus pequeñas historias cruzadas (donde todos habían estado con todas y todas con todos, y aún unos con otros y otras con unas, en una maraña donde los géneros gramaticales y las supuestas barreras fisiológicas perdían identidad para el sexo), como si fueran planetas dispuestos en un sistema alrededor de una sola estrella, de los que en principio investigamos la forma y la composición, pues ambas aportan datos sobre la historia de aquella, pero de los que finalmente acabamos guardando la imagen inmediata, captada, en el mismo acto de percibir la estrella y sus contornos, a través de los ojos.

Siempre me ha gustado mirar, no en vano soy fotógrafo. De todas las historias que estaban teniendo lugar en esa noche de fiesta tuve, por fuerza, que fijarme en una. Y digo por fuerza porque en el cumplimiento de esa historia se cifraban mi premio y mi derrota. Si Rachel conseguía ligarse a ese *tío bueno*, el premio era un beso para mí, confiriéndome en ese mismo acto, lo mismo que si me investiera caballero —un espaldarazo en el hombro—, la categoría especial de persona de confianza que en ese momento ninguna otra detentaba. Y era una derrota, ya sintiendo el beso de Rachel, su fraternal beso de mejilla y poco más después de esos otros besos que yo sólo conocería a través de sus palabras.

Hacia las tres de la madrugada, ella se dejaba ir en su acompañante, como patinando sobre el efecto de la sangría y de la suave fatiga que proporcionan los deseos cumplidos. Pues, aunque no había sucedido nada digno de mención —yo no les había quitado ojo—, estaba claro que el amanecer, a menos que ocurriera una catástrofe, los sorprendería abrazados en la hamaca de Rachel. Por eso, Rachel tenía ya en el gesto la pausada sabiduría de lo que será pero ya fue, como si nada pudiera sorprenderla, como si todo fuera previsible en el comportamiento de los tíos. «¿Quién dijo que los tíos son todos iguales?», me dijo una vez, «pues qué razón tenía, aunque habría que añadir que los tíos son como los vemos las mujeres. Entonces, si son todos iguales es porque a nosotras no se nos ocurre imaginar nada distinto para ellos». Y decía “son”, excluyéndome de su enunciado y, por extensión, de la categoría tío.

Entre los invitados a la fiesta estaba Remo, a quien ella misma me presentó como su ex. Remo era un guaperas fatuo y engreído. Sus cualidades como artista se me escapaban, al igual que sus cualidades como persona. Me ocurría con él lo mismo que con esos pedazos de carne que se ofrecen vistosos en los mostradores de las carnicerías: tenía la convicción de que, en cuanto uno lo sometiera a la prueba del fuego, empezaría a soltar agua y quedaría reducido a poco más que un vestigio ruinoso. Remo había dejado a su mujer, había dejado a Rachel, dejaría años más tarde a Petra, una alemana matizada de belleza renacentista que inspiraba fervor y lástima, pues no se entendía cómo una chica como ella —a diferencia de Remo se veía que poseía otras cualidades, más allá de las físicas— corría como un perrito tras un farsante como aquél. En el camino había dejado a otra muchas, pero estas tres eran “las oficiales”. Estos abandonos daban para mí la medida de su pequeñez. Iban en progresión geométrica relacionados con ella.

Remo andaba departiendo en su perfecto inglés con todo aquel que se le pusiera por delante. Le encantaba demostrar que sabía inglés. Le hubiera soltado su rollo en inglés incluso al cantaor de flamenco, que hubiese seguido batiendo palmas y mirando al infinito como si tal cosa.

En eso andaba Remo, sin hacerle caso a Petra y sin perder de vista a su ex. Y en eso andaba Rachel, dejándose querer por aquel tío bueno del que no recuerdo ni la cara, porque en esos momentos la de Remo, a pesar de su falta de interés, me parecía mucho más interesante. Pues vi que los celos, de un modo no muy distinto a mí, lo consumían.

¿Cómo se puede tener celos a causa de alguien a quien hemos abandonado? Porque yo celaba viendo a Rachel otorgando a otros lo que yo ya ansiaba sin tregua en silencio, mordiéndome el corazón cada gesto de Rachel, cada palabra, cada mirada. Y lo que era peor, viendo que se lo

entregaba a *tíos* que no tenían otro mérito que el de estar *buenos*. ¿Cómo podía ser eso un mérito duradero? ¿No cansaba esa belleza estéril donde no había qué tomar más que lo que se mostraba?

Remo abandonaba a sus mujeres, para luego hacerlas entrar en un círculo de amigas, en una especie de harén moderno, donde todo se comentaba, todo se sabía. Así, Rachel sabía todo lo que Remo hacía con Petra (los gestos más íntimos, los más secretos), y era Petra quien se lo contaba ahora, gracias al tiempo transcurrido, más sabia de Remo, de los nuevos gustos de Remo, de sus nuevos caprichos, cuando al principio era Rachel quien la instruía, del mismo modo en que la mujer de Remo la había instruido, “amigablemente”, a ella. Rachel ensalzaba a Petra (¡qué belleza!) para luego criticarle el que en su baño no hubiera ni champú, ni jabón, ni, casi, pasta de dientes (es una dejada). Petra no criticaba a Rachel porque ni estaba en su ánimo ni la veía como enemiga, pues ella no había perdido nada en favor de Rachel; en cambio, sí había ganado en su detrimento, lo que le producía un deje de mala conciencia que Remo, por descontado, utilizaba. Así, Remo no había dejado de ver, esporádicamente, a Rachel; del mismo modo en que cuando estaba con Rachel no había dejado de ver a su mujer “legítima”, una catalana con quien se había casado por la iglesia y que “le había dado” dos hijos. Esta especie de derecho de pernada adquirido era lo que provocaba los celos de Remo. Pero yo en ese momento no lo sabía, pues era la segunda vez que veía a Rachel y las circunstancias no habían sido propicias para grandes confidencias.

Pronto, no me bastó la mirada para seguir a Remo y, por traslación, a Rachel. Antes de que ésta se desvaneciera del terrado, él, interpretando al detalle cada uno de sus gestos, esa especie de lasitud final que precede al abandono (no en vano había sido, y era aún, su amante), se había dejado de paparruchas de inglés y andaba como perro de caza entre la multitud de invitados. Yo ya no veía a Rachel, pero veía a Remo siguiendo el rastro de Rachel, veía el anhelo de su rostro adelantado a la luz del fuego, un paso por delante de su propio paso. Y yo siguiendo a Remo, dando codazos entre la gente para no perderlo de vista, para no perder de vista a Rachel. «¡Joder!», se quejó alguien. Y era otra vez la chica de la cola interminable, clavándome la mirada, la sonrisa burlona, devolviéndome a la realidad: «¡Ah..., eres tú otra vez..., el bajito! Siempre nos encontramos». Me sorprendí pensando a qué *siempre* se refería ella si no la había visto hasta esa noche. Me sorprendí, también, porque lo de bajito no me molestó, aún cuando se trataba de un encuentro más bien inoportuno, de una intromisión, sería mejor decir, teniendo en cuenta lo que yo llevaba entre manos. «¿Adónde vas tan deprisa?, ¿te encuentras mal?», y me retenía por el brazo. Volví a mirar, y Remo ya no estaba. Qué decir de Rachel y su acompañante. Qué diablos, me dije, si ya sé cómo acaba esta historia, viéndome a mí mismo espiando a Rachel, viéndola entrar lentamente en su hamaca, combándose sobre el cuerpo que la recibía, y dejando la puerta entreabierta, así, por descuido, dejando la puerta entreabierta. Sólo que delante de mí iba Remo, y Remo mirando.

Me dejé sujetar por el brazo. Me di la vuelta y la observé. La amiga de Rachel no estaba nada mal. Y tenía una forma de decir “el bajito” que ya no era una burla, sino una insinuación y una promesa. No recuerdo de qué estuvimos hablando. Lo de menos es el qué, sino el cómo, esa modulación de la voz que es ya una modulación del cuerpo, una forma de tantearse, como si te acercaras y, cuando estás a punto de tocarle, te esquivaras en una curva mental perfecta para luego encararte de nuevo. Ese juego de la seducción.

Cuando pasamos por delante del piso de Rachel, de camino a la calle, la puerta estaba abierta. El pez espada hacía guardia suspendido en un moaré de luz creado especialmente para la ocasión, coronado por guirnaldas de flores de papel. Dentro, el silencio.

«¿Dónde te metiste anoche?»

Había un reproche subterráneo en su voz inconfundible de americana. Consulté el despertador, las doce pasadas. Hice un repaso de anoche. Pasadas las tres, Rachel se había esfumado de la verbena, y yo también, aunque lo hiciéramos por separado. Para ser francos, mi anoche no había estado nada mal; la amiga de Rachel era un encanto de niña, pero eso no

iba a decírselo a ella. En cierto modo ya me estaba sintiendo como un amante infiel. Esa llamada, esa pregunta, ese reproche velado me arrastraban a su juego. Y yo me moría por entrar, pero al tiempo me resistía.

«¿Y tú?, ¿dónde te metiste tú?»

«Yo, *baby*, en la comisaría de la Vía Layetana».

Me explicó que alguien había tenido la mala idea de prenderle fuego a las sábanas, de modo que el terrado de la calle Avinyó se había convertido en un circo de fuego. «Por fortuna no hubo heridos, pero ya ves, alguien me señaló como la que había montado el espectáculo. Vete tú a saber quién. No lo haría ninguno de mis amigos. Unos polis se metieron en mi casa y me sacaron de mala manera. Por cierto... te debo un beso», apostrofó, recordándome su promesa.

No hacía falta la fuerza para meterse esa noche en su casa, donde la puerta estaba abierta para todo el que quisiera entrar. La imaginé desnuda y escoltada por dos tipos uniformados. Y su amiguito detrás. La sola idea me ponía enfermo.

«¿Dónde estás ahora?»

«¿Pero tú eres tonto?, ¿por qué crees que te llamo? Tienes que sacarme de aquí *right now*».

No hacía ni una semana que la conocía y ya estaba sacándola de un aprieto, y ya me estaba llamando tonto. En el fondo me halagaba que recurriera a mí. Me hacía sentir como si, entre todos los amigos y conocidos que ella tenía, numerosos como las lentejuelas que, agrupadas, formaban figuras inmensas en cualquiera de sus extravagantes cuadros, sólo yo contara en esos momentos difíciles. No tenía ni idea de cómo la iba a sacar, no tenía ningún contacto en la policía. Llamé a gente, hice planes, me fui para allá. Cuando llegué a la comisaría ella me esperaba. Me esperaba dentro, pero ya fuera. Sospecho que se había sacado a sí misma, sin ayuda de nadie.

«Por qué has tardado tanto», me preguntó colgándoseme soñadora del brazo, y, antes de darme tiempo a responder, me estampó un beso en la mejilla que me dejó, esta vez sí, como un verdadero tonto.

«¿Quién crees que lo hizo?», atiné a articular al fin, extasiado por el efecto que un sólo beso casto de Rachel me producía.

«¿Hacer qué?»

«Qué va a ser. Quemar las sábanas».

«Ah, eso».

«A lo mejor fue Remo», me atreví a aventurar, a pesar de que ella no parecía muy interesada, como si ya, a unos metros de la comisaría, se le hubiera olvidado.

«¿Remo?», me miró como un niño al que le hubiera dicho mira la luna. «Sí, a lo mejor fue Remo».

Esa navidad, la navidad del año 85, recibí la primera felicitación de Rachel. Ella me había hablado de que siempre les felicitaba la navidad a sus amigos y “compromisos”, prometiéndome, como si me hiciera partícipe de un don inconmensurable, que a partir de ese momento yo entraba en su listado; por amigo, claro está. No es que imaginara una invitación de Unicef —demasiado fácil para Rachel, demasiado (a pesar de lo que se pretende) poco comprometida—, pero la visión de una Rachel señalando la Rambla, la ciudad entera desde la punta del monumento a Colón, un gorro rojo de Papá Noel como único tocado, la borla final balanceándose sobre los atrevidos pechos, la risa en el cepo abierto de su boca donde, a pesar de la distancia, se adivinaban todos los dientes, sus blancos y pulidos dientes de comedora de maíz, de intrépida colonizadora, perfectamente encajados uno detrás de otro, me dejó boquiabierto. De inmediato pensé sólo a una extranjera se le ocurriría fotografiarse así, recortar al viejo Colón de su monumento, ponerse en su lugar y, encima, felicitarse con la imagen la navidad a los amigos y “compromisos” (entre los compromisos estaban, para dar una idea, el alcalde de Barcelona y el director del MOMA; Rachel no perdía el tiempo). Es porque la ciudad no es la suya, porque no es suyo este país. Me equivocaba. En Báltimore, en

Nueva York, en ciudades que sí “eran las suyas”, Rachel seguía teniendo esa mirada que descubría, que imponía la diversión dentro del aburrimiento de lo cotidiano.

Pude comprobarlo años más tarde, cuando Rachel fue expulsada por el colapso y la falta de expectativas que cayeron sobre Barcelona y sus habitantes tras la euforia del 92. «Esto se está poniendo feo», iba diciendo Rachel mucho antes de que nadie se diera cuenta. Que yo recuerde, en el 91 ya decía esto se está poniendo feo porque los Baños de San Sebastián y los chiringuitos de La Barceloneta y..., cuando hablaba de esas partes de la ciudad cruzaba los dos índices de sus manos uno sobre otro, representando las tibias de una calavera y decía R.I.P., qué pena, no sé si voy a poder aguantar tanta defunción, por muy maquillada que esté la cara. No pudo. A principios del 93 Rachel volvió a su país y ese año, puntualmente, me llegó la primera felicitación de navidad desde una ciudad que sí era la suya, y en nada se diferenciaba, excepto en el factor sorpresa, de las ocho que me habían llegado desde mi propia ciudad.

Durante esos ocho años en que Rachel me hizo su confidente la vi trabajar de forma tan exhaustiva como anárquica en proyectos que en principio sonaban descabellados y que, la mayoría de las veces, lograba sacar adelante. Montó exposiciones colectivas echando mano a los artistas más renombrados y a otros (amigos suyos y amigos de sus amigos) totalmente desconocidos, de entre los que más tarde brillaría algún talento. Exposiciones sobre temas como los zapatos, los miembros (del cuerpo humano, pero, por exclusión, los sexuales), la comida, la ropa interior y los olores. Asombraba la cantidad de gente a la que era capaz de movilizar, las subvenciones que en principio llegaba a conseguir (luego llegaban tarde y, a pesar de que los logotipos de todas las instituciones oficiales y no figuraban en sus catálogos, la mayoría de las veces no alcanzaban a pagar ni una tercera parte del coste), las fiestas de inauguración que montaba, la atención de la prensa y, por encima de todo, el esfuerzo sobrehumano y sin ningún tipo de compensación pecuniaria que en ello empleaba. «Se está labrando el futuro, quiere colocarse», decían esas mismas malas lenguas que ahora viven de los proyectos que Rachel dejó inacabados.

De entre todos sus proyectos me fascinaba una revistita minúscula, hecha a mano y de nombre *Mírame*, donde cada página era un diminuto prodigio. En ella había dados de verdad, milimétricos relojes de arena, poemas, fichas de parchís, cerillas, letras de pasta de sopa, santos fosforescentes, cuentos, pececitos disecados, figuritas recortadas, trozos de mapas de ciudad, una novela por entregas, y todo ello conformando una pequeña obra de arte que hoy en día es afán de coleccionistas curiosos. Lo más extraordinario era que todos los números de la revista y cada uno de sus ejemplares (diecisiete números y de ciento treinta a doscientos ejemplares de cada uno de ellos, dependiendo de la paciencia que tuvieran Rachel y sus colaboradores en aquella temporada) eran elaborados en el faro de la ciudad, donde uno de los amigos de Rachel, estudiante de bellas artes que se ganaba la vida como vigilante en la Fundación Miró, tenía su casa. En una ocasión la gran bombilla del faro se fundió y el farero se la regaló a su hijo. Él y sus amigos la hicieron añicos con un martillo. Cada uno de los ejemplares del número 16 apareció con uno de los fragmentos en la portada. Y un lema que decía: “En tus manos tienes al culpable de mil naufragios”.

Este lema fue en cierto modo premonitorio, pues a raíz del número 16 Rachel y sus colaboradores en la revista se enemistaron y, a partir del 17 (que salió con retraso en febrero del 92), dejaron de constituir una nave y cada uno se abandonó a su naufragio particular. En el naufragio de Rachel estaba una obsesión de la que llevaba un tiempo hablándome: tener un hijo.

«¿De quién?», le pregunté, extrañado, la primera vez que me hizo partícipe de su deseo. Porque, en mi pequeña cabeza de clase media no cabía un hijo sin padre o, lo que era lo mismo, para el caso, sin pareja estable.

«De cualquier tío que reúna las condiciones», me contestó sin dudarle un instante, como si no hiciera más que dejar constancia de algo que resultaba evidente.

Reunir las condiciones se resumía en dos palabras: Animal Sano. Un tipo lo más cercano al metro noventa, guapo, atlético y, a ser posible, moreno. Antes de encontrarlo, Rachel ya había hecho su elección.

«¿Y el coco?», le pregunté yo, señalando el mío por si picaba, pero ya sin esperanza, porque en todos esos años ni un beso, ni un sentir ese temblor extraño que de pronto se anticipa a algo, y hace que los mudos hablen y que los ciegos vean. ¡Ah! Ramón Roman no es más que un amigo, un amigo muy, muy especial, *my best friend*. Nunca he entendido qué significa ser el mejor amigo de una mujer. Ni que una mujer sea “la mejor amiga” de un hombre. Hay algo extraño en esos enunciados. Los entiendo a la fuerza. Pero sin entenderlos. Porque siempre quise ser para Rachel algo más que “su mejor amigo”. O porque siempre quise ser “su mejor amigo” en todos los sentidos.

«El coco lo pongo yo», dijo con la seguridad con que una niña va por primera vez a comprar chucherías, y coge diez Chupa-Chups, uno de cada color y los otros repetidos, y paga con diez pesetas.

Con diez pesetas, hoy en día, no te compras ni un Chupa-Chups, le hubiera contestado a Rachel. Pero ella seguía con sus diez pesetas y sus diez Chupa-Chups y sus leyes de Méndel donde no había más cálculo de probabilidad que el que a ella le interesaba. «Ahora que ya he tomado la decisión, vamos a celebrarlo».

Celebrarlo significaba beber. Rachel era capaz de aguantar una botella de ginebra sin pestañear. A mí, el segundo vaso ya me tumbaba.

Me desperté metido en la bañera de Rachel, con la pavorosa visión de un animal que me retaba fijamente con sobrada altanería. Ah, es sólo la gallina de plástico, suspiré con alivio en cuanto logré situarme. De la cocina llegaba un apetitoso olor a café y Rachel cantaba aquel éxito de Frank Sinatra: *After you've gone*.

«Cielos, qué resaca. ¿Qué bebí anoche?»

Siguiendo el ritmo, Rachel golpeó con una cuchara la mesa de madera de su cocina, donde el desayuno estaba listo:

«*Sit down baby*, que te refresco un poco la memoria».

En marzo Rachel me anunció, lo mismo que si yo fuera parte interesada en el asunto, que tenía un retraso de quince días. Nunca me presentó al padre. Que, por lo demás, reunía las condiciones, aseguró.

En los meses que siguieron, en tanto la ciudad y el noventa por ciento de sus habitantes vivían su particular euforia olímpica, Rachel se recluyó en sí misma y en una especie de preparación física y mental en la que ella cifraba todas las excelencias de su futuro bebé Tomaba sólo comida macrobiótica. Hacía los trescientos metros lisos cada día, más ejercicios de preparación al parto natural, más paseos andando hasta el rompeolas, donde tomaba las golondrinas para volver al puerto. De noche le hablaba al feto y a veces me pedía que, colocando mi oreja sobre su vientre, escuchara, porque ella no tenía ese privilegio. Yo no oía nada, sólo podía odiar en silencio a ese niño —porque era niño, de eso estaba seguro— que, día a día, me la arrebatava. «¿Oyes su latido?, ¿el chapoteo en el líquido amniótico?, ¿oyes cómo *habla*?» Dios santo, hay que ser una madre para pensar que el crío habla, pensaba yo. Y ella ven, Nescafé, *baby*, a ver si tú lo oyes. Nescafé se acercaba, le restregaba el vientre con dos pasadas de su cola sedosa y maullaba.

A principios de diciembre tuvo al bebé más grande que he visto en mi vida. Recién nacido, parecía un lactante de seis meses. Tenía el cabello fino y negro como el carbón, un cuerpo blanco de cera y un par de inmensos ojos azules. Se hacía extraño verlo tumbado en la hamaca de Rachel, desnudo al calor que irradiaba una placa eléctrica, sin apenas moverse, como es normal en un recién nacido, cuando por el tamaño daba la impresión de que casi podía saltar de la hamaca y ponerse a andar. Había una rara descompensación en el bebé de Rachel. Guardé esa sensación de extrañeza cuando lo vi por última vez, inmóvil en sus brazos, aquel bebé gigante, cuando fui a despedirla al aeropuerto una helada mañana de febrero del nuevo

año. «En Nueva York están a cinco grados bajo cero. Espero que el clima te siente bien *sweetly*. Dale un beso a Ramón. *You are so cute, aren't you?*» Y se despedía de mí, pero sólo le hablaba al niño. Sólo le hablaba a su gigante bebé de cera.

Antes de alejarse hacia la zona de embarque, me tendió una pequeña tarjeta plastificada donde se veía un bergantín navegando en un mar agitado. Sobre su azul, minúsculos peces negros en formación, unas señas.

«Es mi dirección en Báltimore. *Well, in fact* es la dirección de mi padre. Sirve hasta que tengamos nuestra propia casa, eh, Bernat».

«¿Bernat? ¿Le has puesto un nombre catalán?»

«Claro. Alguna raíz tiene que tener de su padre. ¿No te parece?»

Por lo menos sabía algo de aquel desconocido: el padre de la criatura no era un *guiiri*, sino un catalán.

«*Bye*. Me escribes, ¿eh? No pierdas las señas».

No las he perdido. Pero nunca he sido muy bueno escribiendo.

Tampoco yo, me hubiera dicho Rachel.

Pero no hacía falta, porque los dos lo sabíamos.

Es navidad. Y cada día abro el buzón con el ansia premonitoria de que dentro no voy a encontrar nada. Las felicitaciones de Rachel llegan siempre a tiempo, jamás con el regusto a cosa trasnochada que nos dejan el felices fiestas y año nuevo caído en nuestras manos un catorce de enero.

A estas alturas, a siete de enero, ya sería una felicitación de retaguardia. Aún así, examino con rapidez la correspondencia, buscándola entre otras felicitaciones atrasadas, extractos del banco, cartas de clientes, correo comercial.

No puede ser que la fiel Rachel no acuda a su cita. Ella, siempre tan puntual en esto. Y abro la cajita de madera, y alineo sobre la cama todas y cada una de sus felicitaciones de navidad, doce en total, como los apóstoles, me digo, y este año haría Cristo. Eso hubiera hecho sonreír a Rachel, la chica de los altares laicos. Me fijo en aquellas en que aparece con su hijo Bernat. Bernat, siempre grande y blanco, con su mata de pelo oscuro y sus enormes ojos azules. Bernat caracterizado de simio en la punta del *Empire State Building*, una versión particular de la conocida escena de King Kong, donde Nescafé juega a los aviadores por triplicado y se ve la imagen de Rachel, tamaño reducido, en el papel de la bella, con el cielo de la ciudad cubierto de estelas de humo en forma de Merry Christmas. Bernat riéndose boca abajo, sus piernas enroscándose alrededor de la cintura de Rachel en una espiral de felicitaciones en todas las lenguas imaginables, ella agarrándole las manos a la traviesa y movida criatura para evitar que caiga. Bernat en la bañera cubierto de espuma hasta el cuello, Nescafé sobre su cabeza de niño de tres años que podrían ser seis, equilibrándose sobre la punta de sus cuatro patas para no ir a dar con su pobre cuerpo de gato de una sola vida en la espuma que finge ser nieve y que no es más que un collage de los pechos de Rachel, algo que se adivina en cuanto la uña, guiada por el ojo, escarba un poco en la superficie pintada de blanco. Bernat haciendo de gran pavo de Navidad al que Rachel está a punto de rebanar en lonjas, la cabeza de Nescafé observando la escena a modo de tapón de la botella de champaña.

Habrá cumplido ya cinco años. Y a mí no me llega la felicitación con ese Bernat de cinco años que debe aparentar diez. Vuelvo a preguntarme quién es el padre. A qué gigante debió escoger Rachel para engendrar a un niño tan grande.

Debería llamar a Rachel, pero hace tiempo que le perdí la pista. Sé por amigos comunes que la tarjeta del bergantín ya no es válida. Hace tiempo que vive en Los Ángeles, donde, por cierto, también vive Petra.

En eso estoy cuando suena el teléfono. Cojo el inalámbrico y es su inconfundible voz de americana. Esas sorpresas da la vida, como dice la canción.

«¿Está...?»

No le doy tiempo a terminar:

«¡Rachel!»

«¡Me has reconocido!»

«¿Dónde estás?» Su voz, aunque clara, suena lejos.

«*Here. In Barcelona.* He venido con Bernat».

Quiero quedar ahora mismo, pero tiene cosas que hacer. Dejar el alquiler del piso en la calle Avinyó, que todavía está a su nombre, ver a unos cuantos amigos (me ofende, ¿no solía ser yo su mejor amigo?), consultar a un especialista.

«¿A un especialista?», la interrogo preocupado.

«*Nothing serious*», se sacude el tema de encima. «Mañana te llamo».

«¿Lo prometes?»

«Claro».

Al día siguiente no me muevo de casa, por si llama y no estoy. No me atrevo ni a bajar a comprar el periódico. Por la noche llamo al piso de la calle Avinyó y en el contestador hay una voz extraña.

Al cabo de dos días me llama para decirme que pasará por mi casa por la tarde “un momentito antes de coger el avión”. Y me quedo sin saber qué decir hasta que oscurece y vuelve a llamar: «Lo siento, *darling*, no me da tiempo. Al final se me ha echado todo encima», se disculpa, y la noto realmente afectada.

«¿Qué pasa, Rachel?, ¿no quieres verme?»

Duda.

«Sabes, Ramón, ya no tengo veinte años, como cuando nos conocimos. Y, la verdad, no lo he pasado muy bien últimamente..., estos años mi vida no ha sido precisamente una fiesta». Me acuerdo de sus palabras talismán. *Fiesta, tío bueno, chulo, chula, chulísimo, genial.*

«¿Quieres que te acompañe al aeropuerto? Por los viejos tiempos».

«Mejor déjalo. Te llamaré la próxima vez que venga. *Next time*».

«De acuerdo», no insisto, porque sé que ella no quiere que insista, que, por alguna razón, no ha podido venir a verme. «Oye... no te olvides de felicitarme la próxima navidad». Se ríe, por un momento aliviada:

«No lo olvidaré. ¿Cómo podría?»

«Pues este año...»

«Quería darte una sorpresa».

«Ya».

«Ramón...»

«Dime».

«Verte era lo que más quería. *You must believe me*».

«Te creo».

Y no puedo resignarme. Que cobardía resignarse así, sin más. Sé que no me perdonaría nunca si la dejara ir de esta forma. Unas cuantas palabras amables por teléfono y para de contar. Nuestra amistad merece algo más, me digo y bajo corriendo a la calle y tomo el primer taxi sin pararme a pensarlo dos veces. Me deja frente al terminal A. La busco entre la gente. La busco a ella, y a su hijo, que debe andar a su lado. Recorro el gran cuadrilátero con la mirada, las filas de asientos, donde la gente hace tiempo, las escaleras mecánicas, donde una pareja se afana con una silla de paralítico. Voy hacia los teléfonos (tiene que hacer unas últimas llamadas), la agencia de cambio (se saca de encima las pesetas que le han sobrado), el quiosco (Bernat quiere un cuento, una bolsa de caramelos) y el bar (una Coca-Cola antes de embarcar). Miro en los lavabos de señora (el niño tiene pipí). Y me doy cuenta de que ni siquiera sé su número de vuelo. Consulto en las taquillas de varias compañías. La azafata de la TWA me dice que el vuelo a Nueva York acaba de salir. «¿Hay otros?» «Pregunte en Iberia y Spanair». En eso estoy cuando alguien me pone la mano en el hombro. «¿Rachel?», exclamo dándome la vuelta

Es Remo, el joven artista multimedia catalán, anglófilo, narciso, separado, con dos hijos, guapo y de buena familia. Es un misterio si conserva las cualidades que no están a la vista. De todos los dones que tenía dos se hallan claramente en proceso de extinción. Una telaraña de arrugas se le aventura en la cara, producida no tanto por la edad como por el exceso de sol. Está delgado como si una fuerza sobrehumana lo hubiera exprimido en su puño hasta dejarlo sin jugo. En estas condiciones su belleza y su juventud son un recuerdo marchito de lo que fueron. Me alegro en silencio e incluso me permito preguntarle en tono paternalista:

«¿Cómo estás?»

Mal, por lo que se ve.

«Voy tirando».

«¿Esperas a alguien?»

Por una de esas pasadas que nos juega la mente, en un principio ni se me ocurre relacionarlo con Rachel.

«He venido a despedir a Rachel», responde fatigado, echándose con la palma de la mano el cabello hacia atrás. Es un gesto que pervive automático de cuando Remo tenía una gran mata de pelo liso y castaño. Me doy cuenta de que su frente es ahora mucho más ancha, y su forma de mirar, más seria.

«¿Dónde está Rachel?»

Hace un gesto vago con la mano como diciendo quién sabe dónde estará, ¿no conoces a Rachel?

«Se ha ido».

«¿Ya ha salido su vuelo?»

Señala el reloj en su muñeca:

«Ahora mismo».

Debo estar mirándolo como si él fuera el culpable de todas mis desgracias. De que, en el último momento, no haya podido ver a Rachel.

«Me voy», dice, notándolo y excusándose, «no quiero entretenerte más».

No hay en él asomo del chico fatuo y estirado que fue.

«¿Puedo hacerte una pregunta?»

Se queda en silencio, esperándola.

«Fuiste tú quien le prendió fuego a las sábanas la noche de San Juan, ¿verdad? Fuiste tú quien llamó a la policía».

Y ahora vienes a despedir a Rachel, tú, su ex, su amante, su mejor amigo. Qué tipo tan falso. Una media sonrisa le deforma la línea del labio. La media sonrisa del hombre escéptico, del que ve las cosas, ya, desde otro lado.

«Qué pregunta tan extraña, Ramón. A estas alturas. Después de tantos años. Te diré: fue la propia Rachel».

«¿Rachel?»

«Sí. Rachel. Ella estaba jugando contigo y tú no esperaste al final de juego y te fuiste con otra».

«¿Yo? Pero si nunca...»

«Nunca te hizo caso. ¿Es eso lo que ibas a decir?»

Afirmo con la cabeza.

«¿Qué esperaba que yo hiciera?»

Se encoge de hombros.

«Nunca se sabe con alguien como Rachel. Que bajaras a su piso, que sacaras al tipo aquél, yo qué sé».

«¿Y tú?»

«Yo siempre he formado parte del juego».

Le miro el cabello. Ahora es canoso, pero solía ser castaño. Por la altura, podría ser. Aunque uno imaginaría casi un gigante teniendo en cuenta el tamaño del niño.

«¿Cómo es ahora el niño de Rachel?, ¿cuánto mide?»

Me mira como si le estuviera haciendo una pregunta que no merece la pena contestar. «No lo sé», dice finalmente, «siempre lo he visto sentado. Por la enfermedad». «¿De qué estás hablando?»

Frunce las cejas y entrecierra los ojos. Me atisba a través de sus ranuras. Sé que está repasando, midiendo al que tiene enfrente, anotando cada detalle.

«Entonces, no lo sabes». Dice por fin. Y es una afirmación que se hace a sí mismo, constatando: Efectivamente, no lo sabe.

«¿Qué habría de saber?»

Mueve reiteradamente la cabeza:

«Ahora entiendo por qué ha estado dilatando el momento de verte. Por qué, al final, ha dejado que el tiempo, la falta de él, viniera en su ayuda».

No sé si el tal Remo hace ver que piensa, haciéndose sólo el interesante, como había creído hasta el día de hoy, o si realmente piensa. Sea lo que sea, me está sacando de quicio. «Qué es lo que pasa».

Veo que no sabe si debe decírmelo o no. Con todo, termina por explicarme que el hijo de Rachel tiene una extraña enfermedad congénita que le ataca las piernas. Por eso ha venido a Barcelona, como quien va a Lourdes. Le habían hablado de un especialista muy bueno. De momento, no hay demasiadas esperanzas. Bernat no anda, ni siquiera ha aprendido a andar. Va en silla de ruedas.

Y ahora me acuerdo de la pareja que se esforzaba en encajar una silla de ruedas en las escaleras mecánicas. Y veo en el hombre, de espaldas, a Remo. Al Remo transformado por un lapso de tiempo tan breve, teniendo en cuenta lo que es una vida. Y, aunque trato de identificar a Rachel en la mujer, no lo consigo.

¿Se ha cortado el pelo?, voy a preguntarle, porque cortarse el pelo es como claudicar ante la vida, abandonar los sueños, crecer, no quiero imaginar a Rachel con el pelo corto, y, en cambio, me sale una pequeña maldad:

«Se ve que, finalmente, no escogió bien al candidato».

Se ríe y su risa, después de tanta seriedad, se convierte en una onda expansiva.

«Está bien como broma».

«¿Eres tú el padre?», le pregunto a bocajarro. Sin tapujos.

«Eso sí que tiene gracia. ¿Qué te ha hecho pensar eso?»

«Bueno... eres alto... Y me dijo que el padre era de aquí», le respondo, sintiéndome un tanto estúpido.

«También Rachel es muy alta. Y deberías conocer al padre de Rachel. En eso Bernat ha salido a la rama materna. Porque lo que es la paterna...», y me mira de la cabeza a los pies con una mirada guasona.

«Pero, ¿quién es?», le espeto, salvajemente.

«Existe algo llamado las leyes de Méndel. ¿Se te ha ocurrido, alguna vez, fijarte en tu pelo y hacerte esa misma pregunta acto seguido? Apuesto a que no. Porque no estarías haciéndomela a mí. Es tan evidente...»

Y me da un par de suaves palmadas en el hombro:

«A ver si nos vemos un día de estos. Que sea antes de que vuelva Rachel. No vamos a esperar otros cinco años».

Me quedo pensando en este Remo tan distinto al Remo que conocí. En esta Rachel de la que me ha hablado Remo, a quien, a pesar de los años y las confidencias, nunca llegué a conocer. Y trato sin éxito de recuperar una noche de borrachera en tanto me tomo una ginebra en el bar del aeropuerto, claudicando al primer vaso.

Ya no hay *guiris* en Barcelona. No para mí. Tras la partida de Rachel fue como si todos los *guiris* de la ciudad se hubieran marchado con ella. De hecho, sus amigos hicieron como las aves migratorias, llegado el mal tiempo. Volvieron a Estados Unidos, Inglaterra, Canadá.

Aseguraban que después del 92 esto se había puesto imposible. Volvieron a sus países de origen o, simplemente, cambiaron de residencia. Algunos están en Australia. A veces recibo una postal. Dicen que en Australia se vive muy bien.

Cuando lo comento con alguien de aquí, me aseguran que en Barcelona todavía hay *guiris*, sobre todo en el casco antiguo. Pero yo ya no los veo y, en todo caso, ya no son los mismos *guiris*, porque ya no son los amigos de Rachel.